

Pequeñeces

MACARIO SCHETTINO

Pequenos deben ser los políticos, si un pequeño ajuste al precio de la gasolina les obstaculiza reformar la política nacional. Pequeños de miras, de ambiciones y de entendederas, sin duda.

No repito argumentos que expresé en la sección financiera, simplemente recuerdo que el crecimiento de la demanda de gasolina en México es uno de los más altos del mundo (por el relativo abaratamiento de los autos) y ya 300 de los 750 mil barriles diarios de gasolina que consumimos son importados. Mantener precios bajos de combustible es un absurdo, y lo es desde hace buen rato. Apenas si está corrigiendo el gobierno una política errada, pero sus adversarios perciben en esta alza una pequeña ganancia, conmensurable con ellos mismos, y no dudan en luchar por ella, así cueste lo que cueste.

No está de más recordar que tenemos apenas unos meses para mostrar al resto del mundo que somos capaces de resolver nuestros problemas. Y parte de esa solución pasa precisamente por un consumo más inteligente de la energía, que sólo ocurrirá con precios adecuados, es decir, que indiquen al consumidor lo que realmente significa quemar un litro más de combustible: más contaminación, sin duda, pero también más importaciones, menos dólares, y al final menos recursos en la economía. El consumo de gasolina es una fuga de recursos. Venderla barata es promover la contracción de la economía en su conjunto.

Pero si este argumento económico parece complejo, no quiero imaginar las dificultades que tendrán entonces los políticos para concebir un marco de relaciones de poder diferente al actual. Pero no necesitamos imaginar nada, que ya tenemos 15 años de ejemplo, tres lustros atorados, sin cambios relevantes desde la avalancha de reformas económicas alrededor del TLC y las reformas políticas de 1994 a 1996. Desde entonces, prácticamente nada. Pequeños ajustes económicos, pequeños retrocesos políticos, puras pequeñeces.

Y 15 años es una generación, de las que gustaban

a Ortega y Gasset, y en México, a Wigberto Jiménez Moreno, y más recientemente a don Luis González. Una generación entera de pequeñeces, de cortedad de miras y escasez de ideas. Ya Ciro Gómez Leyva ha criticado duramente a esta generación, aunque tal vez de forma demasiado general. Y algún historiador ha intentado fijarla en el tiempo, pero de forma muy mecánica.

Permítame dar una perspectiva diferente: el problema ha sido el demasiado tiempo en que esta generación ha estado en las posiciones decisorias. Porque es una generación, y la misma, la que hizo las reformas de hace 15 años y la que ha sido incapaz de continuarla. La generación de posguerra, los nacidos entre 1945 y 1960, llegaron prematuramente al poder, desplazando a la anterior (la de Miguel de la Madrid, que fue el único presidente de esa generación). Desde 1988, entonces, las decisiones más importantes fueron tomadas por ellos (y en menor medida, ellas). Las decisiones que tomaron, que ya referimos antes, fueron claramente opuestas a la generación de Echeverría y López Portillo: apertura económica y, a regañadientes, política.

Esa generación sigue muy presente, aunque no tengan la Presidencia. Las posiciones de poder, en la política y la economía, siguen estando mayoritariamente en sus manos. La construcción de la opinión, por cierto, es también terreno suyo. Y aunque puedan tener opiniones diferentes, y aparentemente contrarias, en realidad comparten una visión del mundo. Es la última generación cubierta por el manto de la Revolución, la última que sigue pensando al Estado como elemento indispensable de la vida económica, la última que creyó en el milagro económico y el desarrollo estabilizador, la soberanía alimentaria y el nacionalismo revolucionario.

Aunque algunos parezcan radicales, otros mesiánicos, y unos más globalizadores, no son sino los nietos de la Revolución, los niños de la posguerra, los pequeños y agotados mandarines del viejo régimen.

www.macario.com.mx

Profesor de Humanidades del ITESM-CCM

